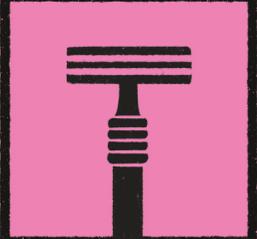
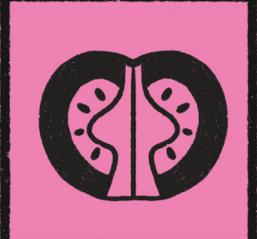


GOSTUMBRE DE LAS CIUDADES



Marco Antonio Díaz (textos)
Harumi Tanimoto (ilustraciones)

XXX

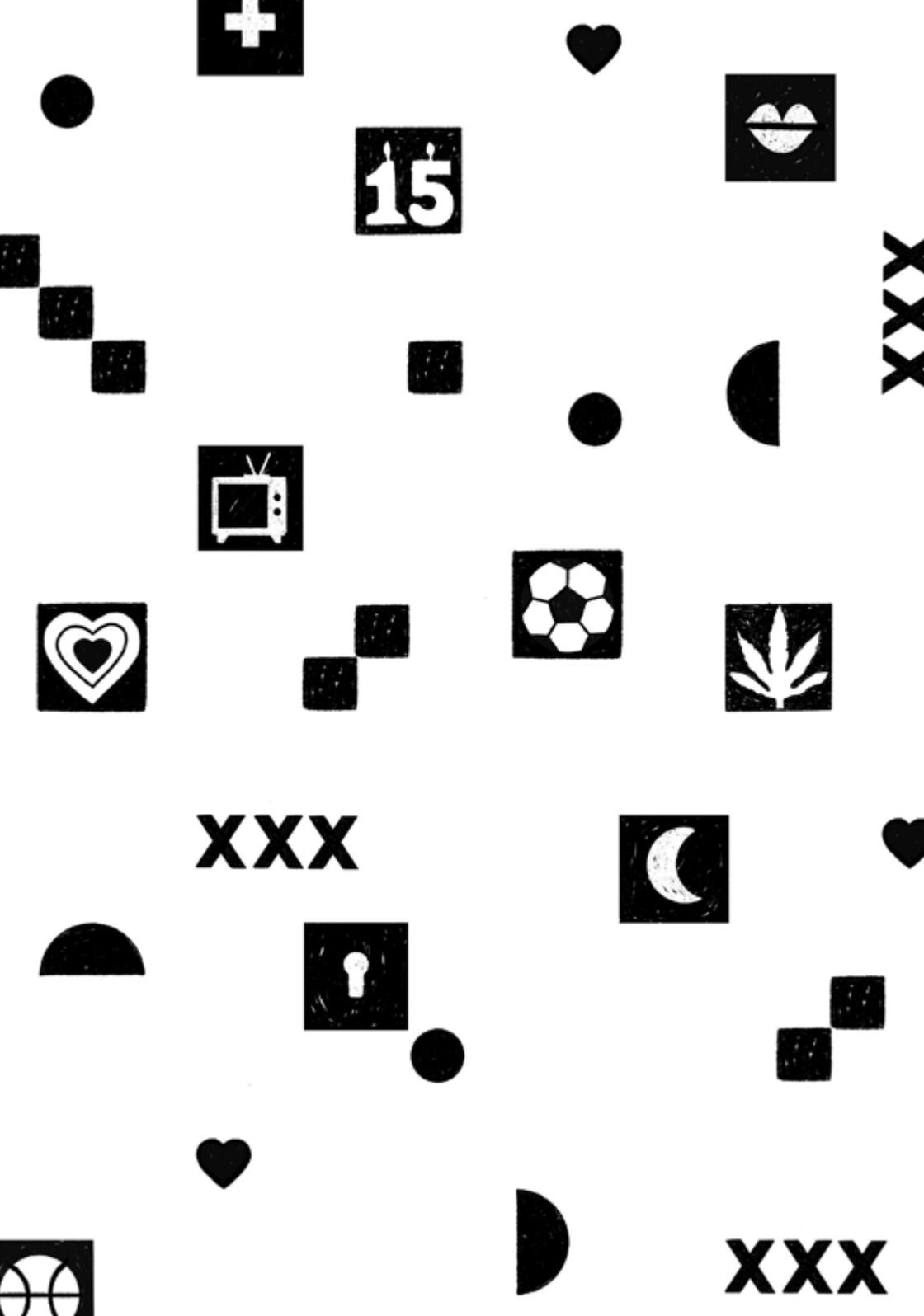


XXX



XXX





COSTUMBRE
DE LAS
CIUDADES

Costumbre de las ciudades

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Marco Antonio Díaz López, por el texto.

© Harumi Tanimoto Yoshida, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional

de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,

Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.

Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.

Diseño de colección: Frida Solano Martínez

Formación: Sofía Escamilla Sevilla.

Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-300-8

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

alas raíces



**ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA**

COSTUMBRE
DE LAS
CIUDADES

Marco Antonio Díaz (textos)
Harumi Tanimoto (ilustraciones)



La cita

Arnoldo y yo nos citamos en el centro a las cinco de la tarde. Estábamos dispuestos a declararles nuestro amor a las hermanas González de una buena vez; él a la más grande, Iris; yo, en cambio, le traía unas ganas enormes a la más chica, Luz Elena. El problema es que nunca andaban solas, pues casi siempre salían de la clase de inglés juntas, iban al mandado juntas, como si fueran hermanas gemelas, aunque había un año de diferencia entre ellas.

Platicando de mi interés por Luz Elena, fue como Arnoldo me contó de su interés por Iris. Entonces supimos que ya teníamos la fórmula perfecta para acompañarlas y preguntarles si querían ser nuestras novias, antes de que otro galán con más valor hiciera su aparición y nos quedáramos chiflando en la loma.

Llegué quince minutos antes a la cita; sentía que me hervía la sangre y necesitaba tomar agua porque tenía la garganta reseca. Arnoldo llegó cinco minutos después de la hora convenida. Venía con un copete ochentero que le quedaba bastante ridículo; se puso un perfume con olor a cuerpo mojado. De inmediato le comenté su mala decisión. Él, se-

guro de sí mismo, dijo que todo estaba bajo control, que uno de sus tíos lo había asesorado para los perfumes y también para el verbo con Iris.

—Mi tío ha tenido como quince novias a sus veinte años; tú dirás si no es la voz de la experiencia —dijo, con absoluta seguridad.

Las hermanas González estudiaban inglés sobre la Calle 14, a tres cuadras del centro. Caminamos con ese rumbo, entusiasmados y haciendo bromas de qué dirían en la escuela cuando nos vieran con ellas: seríamos la envidia de todos. Eran las niñas más bonitas, las más elegantes y, sobre todo, las más cotizadas entre los del grupo. Todos querían con ellas. Sabían hablar inglés, leían a Carlos Fuentes y a Juan Rulfo, los maestros las llamaban “niñas letradas”. El papá era médico y la mamá abogada; vivían muy bien, en un case-rón cerca del centro de la ciudad. Llegaban por ellas en coche, y de gasto de un día les daban lo que a nosotros en una semana. Pero, a pesar de eso, las niñas no eran altaneras; muy al contrario, eran tan humildes y sencillas que se podía hacer buenas migas con ellas. Los maestros les tenían mucho aprecio, porque eran muy serviciales, tanto que, algunas veces, se les cargaba la mano, y ellas lo hacían con mucho gusto. Si había que hacer el periódico mural, las niñas González; si había que decir algunas palabras de fin de curso, las niñas González, y ellas parecían estar contentas de estar de un lado para otro, y nosotros también, porque ya sabíamos de antemano que los demás éramos el montón para la fotografía.

Los padres de las niñas llegaban muy seguido a la dirección a recoger el reconocimiento a “Mejor alumna”, “Mejor promedio” y “Mejor declamación de poesía” en la zona escolar. Cuando no era Iris, era Luz Elena. Total que siempre alguna de las dos estaba en la palestra escolar.

El “sermón” semanal del director de la escuela ya tenía ejemplo concreto:

—Aprendan de las niñas González, ellas sí son excelentes alumnas y saldrán, seguramente, adelante en la vida, no como ustedes que no hacen el esfuerzo de salir de la miseria —decía el director con su cuerpo chaparro y esa voz porosa. Nadie tomaba a mal el “consejo”, porque así era: no había nada que agregar. Las niñas eran las bien portadas, bien estudiadas, bien vestidas, bien todo; los demás éramos el paisaje que ellas necesitaban para lucir sus cualidades.

Llegamos a la Calle 14 número 150. El letrero, colgado de una ventana enorme, decía “Cambridge English”.

—No vayas a lucir tu inglés frente a ellas —recomendé a Arnoldo, quien había leído “*Cambridje english*”.

Largo rato estuvimos esperando la salida de las niñas González, y nada. Para colmo de males, estaba haciendo un frío que me erizaba la piel; tampoco Arnoldo llevaba suéter, sencillamente se agazapó sobre su cuerpo en la banqueta y ahí estuvo sin decir nada, como si quisiera guardar la poca reserva de calor que aún conservaba.

—*Gud Bay, ticher* —oímos la tierna voz de Iris, y nos pusimos los dos en alerta.

Salieron por la puerta de madera y de inmediato las abordamos. Ellas se quedaron un poco confundidas cuando nos vieron allí, impertérritos.

—Hola —dijo Iris.

—Hola, chiquita —dijo Arnoldo. Su atrevimiento no me pare-

ció muy elegante, cuando nunca antes les habíamos mostrado nuestro interés.

—¿Hacia dónde van? —preguntó Luz Elena.

—Ya que nos encontramos, las quisiéramos acompañar —me atreví a contestar—, si se puede, claro —seguí.

—Sí, caminemos hacia el parque, hoy no viene el chofer por nosotras; tienen suerte —sonrió, magnífica, Iris.

Era nuestro día de suerte, no cabía la menor duda. Arnoldo se puso a la par de Iris y yo hice lo propio con Luz Elena. Caminamos sobre la acera sin decir una sola palabra. Al llegar al parque, a Iris se le ocurrió que tomáramos un café “porque un encuentro como éste no se daba todos los días”. Espantado, me quedé viendo a Arnoldo. No llevaba un solo peso en el bolsillo, pero tenía esperanza de que él sí tuviera para pagar. Empecé a sudar, porque aquello no estaba previsto, y porque uno no debe permitir que paguen las mujeres, al menos así lo había escuchado siempre de los mayores. Carajo, se me fue el habla. Arnoldo tampoco se veía muy tranquilo, y eso me daba mala espina; seguramente tampoco traía un solo peso en el bolsillo y habría que salir corriendo o hacer algo antes de la hecatombe.

Era mi turno: me tiré al suelo fingiendo un dolor terrible de estómago, olvidando por completo que el padre de las hermanas González era médico. Me retorcí largo rato sobre el piso. Arnoldo también tenía el rostro compungido, preocupado porque verdaderamente creyó que tenía yo un problema serio.

Iris se retiró unos metros y habló por teléfono. Volvió con la nueva de que su padre estaba por llegar para atenderme, y entonces supe que nos estábamos atorando de lodo hasta

el cuello, pero no dije nada: lo hecho, hecho estaba y seguí tirado, retorciéndome de un lado a otro.

El papá de las hermanas González llegó en menos de cinco minutos, llevaba todos los utensilios para revisarme y empezó a auscultarme.

—¿Te duele aquí? —preguntaba.

—No —decía yo.

—¿Aquí?

—Tampoco.

Al saber que en algún lado tenía que sentir ese dolor, dije que ahí donde estaban sus dedos me dolía mucho. Comenzó a moverme el pie de un lado a otro, y yo insistí en que sí, que el dolor estaba ahí.

—Apendicitis —diagnosticó el médico, y las hermanas González pusieron cara de acongojadas y Arnoldo tenía ganas de llorar.

—¿Te llevo al hospital? —ofreció el papá de las niñas.

—Arnoldo conoce mi casa, que me lleve primero con mis papás para que ellos vean qué hacen conmigo —dije, cosa que al papá de las hermanas González le pareció pertinente, por ser menor de edad.

El médico se despidió de mí con la recomendación de no esperar mucho, porque era peligroso. Caminé junto con sus hijas, viendo cómo iba yo encorvado al lado de Arnoldo.

Arnoldo, presuroso, me dijo:

—¡Cómo te fue a pasar esto justo ahora, enano!

Dejé de caminar “adolorido” y tomé aire.

—Te acabo de sacar de un problema —le dije.

—¿Ya se te quitó el dolor?

—Nunca tuve dolor alguno.

—¡No seas...! ¡Estaba bien asustado! —dijo Arnoldo, tomándose los cabellos.

—No traíamos ni un peso para el café, ¿qué querías que hiciera?

—¡No puede ser!, ¿por qué carajos no me preguntaste?

—Porque vi tu cara de desconcierto —le dije.

—¿Cuál cara de desconcierto? Mi tío me dijo que cuando uno va a conquistar a unas chicas, siempre hay que llevar dinero, ¡y traje dinero! Me hiciste pasar el susto de mi vida y, para colmo, perder la inmejorable oportunidad de declararle mi amor a Iris.

Todo había salido mal. Agaché la cabeza y me despedí de Arnoldo, quien no terminaba de creer el oso que había hecho en pleno centro de la ciudad, frente a un médico y frente a las niñas más bonitas de la escuela.

—Eso me pasa por traer a un adolescente a oficios de jóvenes —dijo, alterado, Arnoldo, y se alejó bajándose el copete ochentero.



Todo por tomarse un café

Buscó siempre la posibilidad de tomarse un café en la soledad inasible de su cuarto, a la luz del sol, que rasgaba su ventana todas las mañanas. Por vivir en un espacio diminuto, Arnulfo se las ingeniaba para encontrar la soledad: en el mismo cuarto también dormía su hermana y un tío recién llegado de provincia, que roncaba como si se estuviera muriendo. Soledad casi no tenía, salvo pequeños instantes mientras alguien salía a comprar o su hermana no llegaba aún de la escuela.

Al platicar con sus compañeros de secundaria, se daba cuenta de que otros sí tenían su propio espacio, su propia cama y sus propios muebles; él siempre decía que lo suyo era comunitario: de todos y de nadie, o, más bien dicho, de nadie que no fuera a ocuparlo.

Desde niño siempre tuvo claro que quien ganara la televisión, se podría adueñar de ella toda la tarde, guardar el control remoto entre los calzones y ver el programa que quisiera, y era tan cierta aquella ley que los domingos, día en que su padre se dedicaba al culto del fútbol, todos andaban rumiando porque Domingo se adueñaba del domingo, y era capaz de andar todo el día con el control en los calzon-

cillos, para que nadie le quitara la oportunidad de ver jugar a su equipo favorito.

Después de que llegó el tío de provincia, Arnulfo perdió hasta esos momentos de placer de tomarse el café matutino, por el hecho de que el tío no trabajaba, no salía nunca de las cuatro paredes putrefactas del departamento; su madre le dijo que venía a curarse de un pequeño problema.

—Lo flojo no se le va a quitar nunca y no hay remedio para ello —incredó la única vez Arnulfo.

Y el tío siguió ahí, dueño del control remoto porque nunca salía, dueño de la recámara donde pasaba horas viendo el teléfono celular, posteando porquería y media.

Cuando Arnulfo regresaba de la escuela, lo encontraba en la misma posición en que lo había dejado en el sillón. Empezó a hostilizarlo con comentarios grotescos, que el tío parecía no escuchar.

Arnulfo recordaba que se llamaba Eraclio González, y hasta el nombre de su negocio. Buscó en la sección amarilla y encontró su domicilio y el número. Rumbo a la escuela se detuvo en un teléfono de monedas, que eran ya escasos en la ciudad, y marcó.

—¿Usted es el padre de Juan González? —dijo poniendo el suéter sobre la bocina para engrosar la voz.

—A sus órdenes —contestó una voz apagada.

—Su hijo está en la Ciudad de México, ¿es cierto?

—Cierto.

—Usted tiene un nieto que está metido en problemas con nosotros, y nos vamos a desquitar en veinticuatro horas con su hijo.

La voz se apagó un poco más y hubo un largo silencio.

—¿Qué quieren?

—Cien mil pesos ahora mismo.

Colgó la llamada telefónica, y se echó a correr porque era ya la hora de entrada a la escuela y la nueva directora era una señora amargada. Llegó cuando las puertas se estaban cerrando. Cuando regresó a casa, todos estaban reunidos en la pequeña sala, donde ya casi no se sentaba nadie porque al tío le gustaba estar acostado sobre el sillón más grande. Su madre tenía los ojos llorosos; su padre, alto y fortachón, se mantenía serio y con la mirada de zozobra; su hermana mayor permanecía sentada sobre el taburete.

—¿En qué líos estás metido? —preguntó su padre.

—En ninguno, ¿por qué?

—Quiero que me digas la verdad, hijo —entró su madre al cuestionamiento.

—En ninguno, mamá.

—Llamaron a tu abuelo amenazando con matar a tu tío por culpa de su nieto, y no hay otro nieto varón más que tú.

—Son unos vándalos que se paran frente al mercado, un día me insultaron y me les fui a golpes y casi acabo con todos —contó una historia previamente pensada.

—No sabía que mi hijo repartía golpes —levantó la voz su padre.

—Aunque fue tu tío el amenazado, debemos andar con cuidado. De cualquier modo, él ya está en Monterrey, se fue en el mismo momento en que mi padre recibió aquella llamada.

Arnulfo se preparó un café en el silencio tenaz de aquella noche; entró a la recámara donde su hermana dormía profundamente, y la luna apenas se asomaba en el ventanal. Pensó en pensar, pero no pudo, porque las ganas de reír a carcajadas eran más grandes que sus ideas.



El helicóptero

Estábamos todos quietos en el salón cuando entró Vicente todo alterado. Llevaba la noticia de que en un momento aterrizaría en el campo de fut, por primera vez en la historia de nuestro pueblo, un enorme helicóptero de la Fuerza Aérea Mexicana. Todos nos quedamos sorprendidos; olvidamos de inmediato las clases y nos echamos a correr. El maestro Evodio se quedó sentado, vaticinando descalabros en los próximos exámenes: nos iría mal a todos por salirnos en horas de clases. Nadie se amilanó; al contrario: salimos en desbandada, y no sólo nosotros, porque vimos una enorme cantidad de compañeros de otros grupos corriendo por las calles.

La cuesta arriba del campo doblégó a muchos; nos fuimos separando cada vez más. Los más grandes estaban ya corriendo muy adelante; nosotros, los menores, veníamos sacando el bofe hasta atrás; para colmo de males, Vicente padecía asma y andaba con la crisis por esos días. Habíamos pensado en dejarlo: no iba a llegar con ese rechiflado en el pecho. Fue Juan quien dijo que no habría que ser malos amigos, y entonces volvimos por él y casi a rastras empezamos a escalar el último tramo.

Vicente no encontraba la forma de agradecernos ese sacrificio que estábamos haciendo por él. Dos tomando una mano cada uno, los otros dos ayudando con los pies, como si fuéramos a tirarlo para que volara.

—Si tu papá se entera, te mata —le dije.

—No se va a enterar, porque estaremos en la escuela para la hora de la salida.

—El maestro le va a decir —insistí.

Vicente se quedó un poco confuso; luego, repuso que no habría problema, diría que no llegó hasta el lugar, que solamente salió para jalar con todos, pero que se quedó sentado en una banqueta afuera de la escuela.

Al llegar al campo, cientos de mirones estaban ya allí; no había ni un alma alrededor. Juan propuso que nos fuéramos del lado contrario, hasta la otra portería, y escaláramos el árbol que siempre le daba gran sombra al portero. Nos escurrimos en medio del gentío, unas veces pasando encima de pies, otras tantas apoyándonos de otros cuerpos. Por fin pudimos llegar al otro extremo. Subir al árbol exigía gran habilidad abrazando el tronco por completo y deslizándose así hasta alcanzar las ramas, y estaba bien, pero otra vez el problema no éramos nosotros, que estábamos tan acostumbrados a esos menesteres; el problema era Vicente, que no tenía ya fuerzas ni para mantenerse parado: sin su inhalador, que dejó en la mochila, el pobre estaba como morado, respiraba con mucha dificultad. Fue de nuevo Juan quien vio un lazo con que amarraban la red de la portería y comenzó a quitarla.

—Vamos a subir a Vicente con este lazo —ordenó.

Entonces nos adelantamos un par de compañeros y yo para hacer el amarre en las ramas de arriba, de tal modo que pudiéramos nosotros jalar y Vicente ayudarnos, cuando menos con los pies, a escalar el árbol. Largo rato estuvimos maniobrando, hasta que por fin empezamos a subirlo. Tres estaban empujándolo por el trasero y tres más estábamos arriba jalando con fuerza. Alguien se asomó al amarre y dijo que se estaba reventando, y —lógicamente— jalamos más rápido. Vicente estaba a punto de llegar a la primera rama, a partir de ahí, él podría escalar ayudado de las otras, pero para eso faltaban todavía unos buenos pasos. Jalamos con ganas y los de abajo empujaron con todas sus fuerzas. Cuando por fin vimos que Vicentillo, el Traga aire, como le decíamos de cariño, se tomaba de la primera rama, todos suspiramos y nos quedamos bromeando a costa suya.

Ya estando casi todos los amigos del salón arriba del árbol, empezamos la espera del aterrizaje del famoso helicóptero. Llegó el mediodía y no pasaba nada; la gente poco a poco empezó a marcharse; nosotros, en cambio, nos acomodamos mejor bajo la sombra, para aguantar el rescoldo de fuego que nos quemaba la cara.

De pronto, en medio de un estruendo, el árbol empezó a moverse, primero lentamente, después, como si alguien abajo estuviera sacudiéndolo. Vicente quiso llorar, pero todos le dimos ánimo. Era el helicóptero verde que hacía su aparición con su ruido y una gran ventolera, que nos impedía ubicarlo bien. Volaban los plásticos, los árboles crujían y la gente se sujetaba el sombrero. Bajaron los hombres de verde formados en filas de cuatro, y se echaron a andar rumbo al pueblo. Nosotros nos quedamos en el árbol, pues estábamos dispuestos a ver partir el helicóptero y finalmente habíamos encontrado un buen lugar para estar frescos. A los veinte minutos, regresaron esos hombres formados de cuatro en fondo, pero con tres civiles en medio. Vicente gritó

que ahora sí lo iba a matar su papá, porque uno de ellos era Vicente Calderón, papá de nuestro compañero Traga aire, que iba con las manos atadas por detrás, y con la mirada pegada al piso; los otros dos no eran conocidos nuestros. Vimos cómo los metieron al helicóptero y salieron del lugar con la misma polvareda.



Costumbre de las ciudades

Estábamos parados frente al malecón, enfermos de mirar el mar. Nunca habíamos estado en un lugar donde el cielo se encontrara con el otro cielo. Nunca habíamos visto esas enormes embarcaciones y nuestra mente se iba en pensar cómo le hacían semejantes navíos para flotar con tanto peso. Todo lo imaginable no era, ni tantito, la realidad misma que se desplegaba ante nuestros ojos. Mis hermanos y yo estábamos arrobados, dispuestos a no dormir con tal de no perdernos ni un minuto de ese nuestro primer viaje al mar.

Habíamos llegado al puerto por invitación de la tía Licha, quien tenía muchos años viviendo allí.

—Alisten sus maletas —nos dijo un día papá—, ¡que nos vamos de viaje por unos días!

—¿Cuáles maletas, Efidio?, ¡si lo que tenemos son costales para la ropa! —corrigió mamá.

—Pues hay que llenar esos costales, que mi hermana quiere que vayamos a verla —dijo, visiblemente emocionado.

Él tampoco conocía el mar; lo había pintado muchas veces en esos cuadros enormes detrás de las camas, pero era sólo parte de su desatada imaginación; en realidad, tal vez el viaje era más ilusión suya que nuestra. Mi madre empezó a empacar como si nos fuéramos a quedar varios meses, mi padre la reconvino y le dijo que era acaso una semana, que no tenían dinero para más.

—Por si no te has dado cuenta, son tres los niños y nosotros dos —contestó mi madre, sin ganas de hacer fuego.

Cada uno salimos con nuestro pequeño costal rumbo al mar. Viajamos más de doce horas en camión. Llegamos al puerto entrada la tarde, cuando el viento golpeaba incesantemente los árboles.

La tía Licha, al vernos bajar del taxi, corrió a nuestro encuentro con visible alegría; de ella, sólo sabíamos lo que habíamos escuchado en las pláticas de papá; en realidad, la conocíamos solamente en fotos: una mujer rubia, de ojos café claro, de piel delicada y con una amabilidad nunca vista más en la familia paterna.

—Mis sobrinos —susurró—, y nos fue abrazando uno a uno. A mi madre le dijo “¡Hola, cuñada!” y también la abrazó; con su hermano, en cambio, se tomó el tiempo de darle un beso en cada mejilla, abrazarlo y quedarse un rato hablando en voz bajita.

Entramos a la gran casa. Tenía una sala larga rematada, en el fondo, por un comedor enorme donde bien podría haber otra familia.

—¿Y su familia? —pregunté yo, con la ilusión de conocer a los primos.

Mi madre, quien se había arrellanado en el sillón, me dijo con voz macilenta que la tía era soltera.

De la recámara del fondo, salió una mujer enorme, de brazos largos y con una mirada entorpecedora. La tía la presentó de inmediato.

—Miss Mary —dijo—. Trabajamos en el mismo colegio y vive conmigo.

Mi padre dio una revisada rápida a la mujer y agachó la cabeza, como si hubiera notado algo.

—Ya podemos ir al mar —habló mi hermano menor.

La tía Licha dijo que primero pasáramos a la mesa y luego caminaríamos un rato por el malecón.

La cena estuvo exquisita. Mi padre a cada momento nos regañaba porque nos atragantábamos con la comida y debíamos aprender a ser niños decentes. La tía Licha decía que con ella no había problema: era parte de la familia.

—Sí, pero tienen que aprender a comer; la gente va a pensar que no les doy nada —dijo mi padre.

—Pues no nos das —contestó Natán, el más pequeño de mis hermanos.

—Mira lo que has hecho con estos niños —reclamó mi padre a mi madre.

Ella hizo un ademán de desdén y siguió comiendo el camarón que sostenía entre los dedos.

Entrada la noche, salimos a caminar todos al malecón, incluyendo a la tal *Miss Mary*. Mi padre llevaba los ojos tan ebrios como los nuestros; estábamos frente a algo inmenso. Un olor a sal nos inundó y a ratos ese viento intenso que no dejaba de soplar nos empujaba tantito.

Al llegar a la playa la tía insistió que nos metiéramos a nadar, cosa que por supuesto no hicimos por lo imponente de las olas, y porque básicamente no sabíamos nadar. La tía empujó a mi padre para que, por lo menos, sintiera el agua espumosa rascándole los pies. Mi madre se quedó con nosotros en la arena, asombrada, como con ganas de llorar, recitando un texto bíblico o una oración, como era su costumbre cada vez que algo la asombraba sobremanera.

Mi padre, por fin, se atrevió a quedarse solo en la orilla. La tía Licha y *Miss Mary* desaparecieron caminando sobre la arena, tomadas de la mano.

Esa noche, la tía nos dio la agenda para la siguiente mañana: primero iríamos al acuario, luego caminaríamos por el centro de la ciudad, para después irnos a otra playa. La tía era lo más amorosa que habíamos conocido. Nos daba de todo: queríamos refresco, iba por un refresco; queríamos desayunar mojarras, y compraba unas mojarras. No pudimos dormir en toda la noche, no sólo por la gran cena, sino fundamentalmente por la emoción del siguiente día. Estuvimos velando la noche, oyendo ruidos que no nos eran conocidos en nuestro lejano pueblo.

Cuando por fin amaneció, encontramos a mi padre con los costales en la puerta. Tenía el rostro adusto.

—Nos vamos hoy mismo —dijo, severo—. No podemos estar más bajo este techo —concluyó con la mirada hacia el cuarto de su hermana.

La tía salió con los ojos llorosos; detrás de ella, *Miss Mary*, consolándola. Pleito de hermanos, dedujimos.

De inmediato, mi padre salió a la calle para buscar un taxi, y sacarnos casi por la fuerza. La tía se había disculpado mil veces con mi madre, porque no eran los planes iniciales, pero, dijo: “Ya conoces a mi hermano”.

—¿Por qué nos regresamos tan rápido, si nos falta conocer más cosas del mar? —pregunté a mi padre cuando estábamos por llegar a la estación. Él, con el rostro duro y la mirada de esbirro, me dijo que a mis diez años no podía comprender nada de eso todavía.

—¿Por qué *Miss Mary* y la tía se la pasan tomadas de la mano? —pregunté con el mismo tono.

—Es una costumbre de las ciudades —dijo mi padre dando el tema por terminado.



Juanito, Juanón

—Buenos días, jóvenes y señoritas —saludó el maestro nuevo al entrar al salón. Tenía en su caminar y en esa barba montañosa un aire de sabiondo. Puso la mochila en su mesa y volvió la vista para revisarnos uno por uno.

—Cuarenta para tan pequeño salón, por eso estamos como estamos en este país —dijo como hablando para sí.

Discursó largo y aburrido rato sobre el reglamento de la preparatoria, que todos conocíamos pero que nadie cumplía a carta cabal. Timbró un teléfono y al maestro se le incendiaron los ojos.

—¡Nada de teléfonos en mi clase!

—Pero, profe, es un medio de comunicación necesario para cualquier emergencia familiar —se atrevió a repelar Juanito.

Todos volvimos la vista para percatarnos de que verdaderamente él hubiera hablado con tanta autoridad.

Lo hubiéramos esperado de Pichardo, de Gallardo, de Zermeno, pero no de Juanito, quien parecía un niño de menor

edad entre todos los diecisieteañeros del grupo. Un niño taciturno, que jamás secundaba los albures de Pichardo, las majaderías de Zermeño y los abusos de Gallardo a la hora del receso.

—Así que es con usted con quien voy a tener problemas en este salón —dijo el profe sin despegar la mirada de nuestro compañero.

Nadie estaba dispuesto a decirle dónde estaban verdaderamente con quienes tendría problemas; al contrario, el despiste gustó a la mayoría. Pichardo rio socarronamente con Zermeño, porque por primera vez no eran ellos los grandes sospechosos de los desbarajustes en el salón.

El profe sacó una libreta roja y con ese mismo aire de sabiondo, empezó a anotar con mucha rapidez. Luego, pensativo, preguntó por el nombre del que había hablado. Nadie contestó nada. Al ver la complicidad del grupo, se acercó a Juanito y preguntó por su nombre. Éste, más pequeño de lo común, dijo que se llamaba Francisco Zermeño.

Zermeño, quien estaba en la esquina contraria, levantó la voz de inmediato:

—Zermeño soy yo.

—Ah, los dos se apellidan Zermeño —contestó el profe.

—No, profe, Francisco Zermeño soy yo.

Juanito se quedó quieto en su lugar, ya sin volver la vista. El profe, confundido, dijo que el asunto se arreglaría de otro modo, que él no había querido empezar con estas cuestiones de confrontación, pero que, si así lo querían, así sería.

El maestro nuevo salió con pasos presurosos rumbo a la dirección. Zermeño se levantó de su lugar para confrontar a Juanito. Le dio un empujón, que de no ser porque los compañeros alcanzaron a detener el cuerpo menudo de éste, se hubiera ido de espaldas.

—Por primera vez no hice nada y tú me metes en líos —dijo, eufórico.

Juanito no dijo nada; se le pegaron los labios y su mirada cambió a la de un niño cuya madre lo abandona en el orfanato.

El maestro regresó acompañado por el orientador, un señor de barriga pronunciada y de hablar gangoso.

—Profe, ¿quién es Zermeño de los dos?

—Zermeño, Zermeño, siempre usted —dijo el profe señalando al rincón.

Zermeño, como empujado por un resorte en el asiento, se puso de pie, y reclamó airado que ahora no había hecho nada.

—Nunca hace nada, ése también es su problema —dijo el orientador.

El profe nuevo se tomó la barba largo rato, y aclaró con esa voz potente:

—El que me contestó fue el que está en el fondo —señaló a Juanito.

—Ah, se llama Juanito Báez y con él no hay ningún problema —replicó el orientador.

—Pero fue él quien me contestó —insistió el maestro.

—Exabrupto, eso fue un exabrupto, solamente; él es uno de los niños menos latosos de toda la escuela.

El orientador se dio la media vuelta y salió del salón. El profesor nuevo puso el nombre de la materia en el pizarrón y, al volverse, se percató de las señas obscenas que Zermeño le hacía a Juanito, pero no dijo nada; la clase siguió en completo silencio, con las miradas de complicidad entre Pichardo, Gallardo y Zermeño.

A la salida, Juanito se dio cuenta de que los tres venían corriendo detrás de él: en ese momento deseó que la tierra lo tragara entero. Le dieron alcance antes de llegar a la cuadra donde vivía, y pensó que ahora sí no habría poder humano que lo librara de la tormenta. Pero Zermeño, contrario a lo que Juanito esperaba, sonrió al tomarlo del antebrazo.

—Bien, pinche Juanito, no te conocía esas bravuconadas —lo felicitó con unas palmaditas—, lo único que no me gustó fue que te nombraras como yo, porque ese apellido es sagrado.



Sin rumbo

Guadalupe dio la vuelta para entrar por el lado derecho de la casa; traía sus planes bien delineados y se ceñiría a ellos aunque todo mundo aconsejara lo contrario.

Sintió las miradas frías de sus hermanos, llegó a sus oídos el taladro del “ya llegaste” de su padre y vio las lágrimas enredadas en las pestañas de su madre. Entró y tomó posesión de la silla vacía: era la hora de la cena, donde normalmente su padre discursaba largo rato sobre lo mismo que habían oído siempre, pero era el rito de la cena; oía cómo otras personas no tenían nada que comer, y en África y países del Caribe, la gente vivía con un pan al día, con un poco de agua que no daba ni para el buche y, si acaso, el tentempié del sabor apoltronado en la lengua.

Las cucharas empezaron a sonar en la cerámica de los platos anchos, el caldo humeaba dejando las caras turbias de los comensales. Hacía mucho tiempo que se reunían por la noche sin el ambiente familiar de siempre. Su padre, albañil de oficio y ahora desempleado, entraba con la cara larga; sus hermanos, baquetones, llegaban a ver qué se robaban para alimentar el vicio, y ella, que prefería hacer la tarea en el parque, salía desesperada con la intención de distraer la mente.

La cena transcurrió sin una palabra, con la calma que antecede a la tormenta.

—¿Con quién estás saliendo, Lupe? —sonó en el espacio hueco la voz de su padre.

—Con nadie. Salgo a caminar para estar saludable —contestó ella guardando los nervios debajo de la piel.

Su hermano Rodimiro meneó la cabeza y siguió masticando con premura.

Guadalupe sabía que su hermano la había visto tomada de la mano con el Güero Bermúdez, enemigo acérrimo de los zánganos de su sangre.

El *script* era mantenerse en la férrea postura de decir “no” hasta el final; nada la movería de ahí. Guadalupe era pertinaz, terca y hasta rejega, y así seguiría, en esa postura se iba a mantener, aunque la boca se le resecara y se le viniera encima todo mundo.

—Yo te vi —dijo Rodimiro fijando la vista sobre los ojos de su hermana.

—Con tanta hierba que fumas, habrás visto mal —contestó Guadalupe en la línea de su plan.

—Es normal, hija, ya tienes quince años, solamente que con ese hombre no; hay muchos buenos muchachos regados en toda la ciudad —intervino su madre, quien permanecía atrancada sobre el dispensero.

—¡Nada de normal, señora alcahueta! —reventó el padre, dando un manotazo en la mesa—. Mírate —le gritó a Guadalupe—, ¡aún eres una niña!

—Beto, por favor, no seas así con ella —terció su madre.

—Por haber sido tan flojitos con ella, nos está saliendo así —dijo el padre.

—¿Y tus hijos? ¿Cómo te han salido? ¡No me digas que van para sacerdotes! —sanjó su madre.

La mirada de su padre, bajo sus tupidas cejas, se incendió. Se puso de pie y caminó de un lado a otro. Era como una olla a presión con patas.

—Tus hermanos no son los ejemplos de piedad que necesitas, pero no andan con la gente más horrible del rumbo.

—Y esos holgazanes de la esquina, con quienes se juntan mis hermanos, ¿no son gente horrible? —contestó Guadalupe, sin arredrarse.

Su padre perdió el control; en la frente abultada se le veía el coraje contenido. Se acercó y agarró del cabello a Guadalupe y la jaló hacia atrás; su madre alcanzó a meter las manos para cuidar que no se fuera de espaldas en la silla. La casa se incendió, sus hermanos comenzaron a maldecir, y hablaron mal de la respondona de la casa. Ella siguió defendiéndose con entereza, sin conceder ni un ápice en su plan.

—¡Alcahueta! —dijo el padre, antes de soltarle una bofetada a la madre.

—¡Está bien!: sí salgo con él —dijo Guadalupe, olvidando por completo su guion—, salgo con él porque me valora, me quiere, no como ustedes que solamente son buenos para esto: para golpear, para decir majaderías; siempre has querido más a tus hijos que a mí, a pesar de que son unos

zánganos, buenos para nada, drogadictos, y a mí, que no consumo, que quiero tener un novio, te me vienes encima como si éstos no necesitaran más una cachetada que yo misma.

—Hija, por favor —intervino su madre.

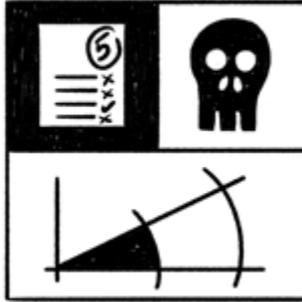
—Déjame hablar mamá, déjame decirle que estoy cansada de su preferencia por los marihuanos de mis hermanos, que estoy cansada de que te esté golpeando siempre, sólo por defenderme.

Guadalupe corrió rumbo a la puerta, su padre la alcanzó con una patada.

Salió a una calle solitaria, vio su reloj y eran las diez de la noche. Cuando volvió la vista, su madre iba con pasos sigilosos tras ella. Se paró y la esperó para caminar juntas.

—Tú deberías quedarte —le dijo Guadalupe.

—Me voy contigo —contestó ella, sin parar de sollozar y los ojos encendidos.



Consulta

Juan, Vicente y Magaña esperaban inquietos en la esquina a Garduño, quien propuso la idea de saber de una buena vez si pasarían o no la materia de trigonometría. Quedaron a las diez de la mañana y pasaban ya quince minutos y por la Calle ancha no veían a nadie que tuviera la silueta desordenada de Garduño.

Jamás habían hecho una consulta de ese tipo, ni alguna vez lo habían pensado si quiera. Fue Garduño, presionado por la posibilidad de reprobado, quien les propuso aquella salida. Al principio se opuso Juan, dijo que era algo innecesario, que se pusieran a estudiar y con eso tenían, pero luego fue aflojando el criterio, sobre todo, una vez que supo que su padre preparaba ya el castigo que le aplicaría durante las vacaciones de verano.

Vicente se sabía reprobado, pero quiso enterarse antes de tiempo. Magaña era el que más posibilidades tenía de pasar la materia por los cientos de artilugios que usaba a la hora de presentar el examen, pero, de todos modos, quiso tener la certeza, y así sacarles a sus padres, quienes vivían separados, un buen dinero a cada uno. Ya lo tenía imaginado, todo estaba dibujado en su mente, incluso la posibi-

lidad de viajar a Acapulco una semana y buscar a Maru, la última gran conquista de la playa en su reciente visita. No podía quedar mal con aquellas expectativas sobre el verano, ni podía echar abajo los planes por una tontería como reprobar un examen. Convencidos los tres por Garduño, se presentaron el sábado a las diez de la mañana en la Calle ancha.

Garduño no aparecía por ningún lado. “Ya se echó para atrás”, fue el comentario extendido entre los tres. En el conciliábulo, decidieron caminar hacia la casa derruida de Garduño; lo encontraron a medio patio, temblando de fiebre.

—Pasen.

Escucharon la voz apagada de su compañero, y los tres entraron como si asistieran a una mezquita. Garduño narró los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, y contó de cómo su padre, quien era evangélico, se había enterado de lo que pensaban hacer y le había dado una tunda que lo dejó hasta con temperatura.

—¿Y cómo se enteró? —preguntó angustiado Juan. Ya hice la cita, respondió Garduño, y mi padre me vio saliendo del lugar, entonces, me preguntó qué hacía ahí, y le inventé miles de cosas, pero no se tragó ninguna y entró a preguntar con la nigromante. “Una cita”, le dijo la vieja cuando yo pensaba que me iba a proteger. Me cuestionó hasta sacarme la verdad.

Garduño estaba desmadejado, con los labios resecos y la cara sombría.

—¿A qué hora era la cita? —se animó Vicente a preguntar.

—A las once —respondió Garduño.

Faltaban varios minutos cuando los tres se echaron a andar rumbo al consultorio; llevaban la premisa de consultar por Garduño. Caminaron las tres cuadras sobre la Calle ancha, luego dieron vuelta en la Calle 12 y llegaron a la casa verde.

Magaña tocó con las manos temblorosas. Del fondo, una voz de mujer dijo que esperaran a la hora exacta de la cita. Cinco minutos pasaron antes de que la puerta se abriera y del fondo saliera una señora con la típica mirada escarbavidas.

—Pasen, jovencitos —dijo sonriente. Entraron al lugar y Juan sintió la atmósfera densa. Le dieron ganas de orinar, pero no lo dijo, usó el popular método de apretar las piernas y endurecer el trasero. Siguieron a la doña por un largo pasillo donde sólo hacía falta que hubiera telarañas para que quedara completo el cuadro sombrío. Magaña tenía la frente perlada de sudor; Vicente encabezaba la fila con pasos semilentos. Juan dijo al oído de Magaña que todavía podían arrepentirse, a lo que éste contestó que la señora podría convertirlos en renacuajos si no pagaban la consulta.

Se sentaron en torno a una mesa redonda, pequeña y con una especie de agarraderas a las orillas; Juan metió la mano justo en ese orificio para sentirse seguro. La consulta fue con el abuelo de Magaña; él diría todo sobre los exámenes y todo lo relacionado con el futuro de su nieto. Magaña tragó saliva, Vicente arqueó las cejas y la sesión de consulta comenzó.

La nigromante cerró los ojos y empezó a hacer un largo y grave sonido; después, una voz rancia salió de su garganta, y Magaña saludó con unos buenos días a su abuelito, luego comenzó a consultar sobre trigonometría. El abuelo comentó que, para acabar rápido, todos sus amigos reprobarían, pero, en el primer extraordinario, todos pasarían, no sin antes llevarse una buena tunda de sus padres.

—Ya es suficiente —dijo Juan castañeteando los dientes.

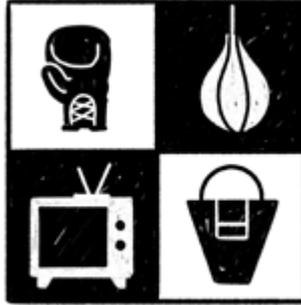
—Yo quiero consultar otra cosa —dijo Vicente, y Juan y Magaña volvieron la vista, incrédulos—. Disculpe, señora, ¿tendré mujer algún día?

La señora, con la cara apostada sobre su mano derecha, dijo que sí, pero se moriría durante el parto. Juan tomó valor y preguntó por su mamá, que estaba desaparecida desde hacía muchos años, y la señora le dijo que ya estaba muerta. Magaña, entusiasmado por los demás, se atrevió a preguntar si terminaría la carrera de médico, como había planeado. La señora le dijo que no, porque se ahogaría en una alberca.

Lloraron su propia desgracia por todas las calles. La tarde tomó otro cariz para ellos; no tenían entusiasmo de estudiar, ni había en ellos un asomo de vida.

—No preguntamos por Garduño —dijo Juan.

—No importa —zanjó Vicente—. Hay que decirle que se morirá antes que nosotros y que se casará cinco veces.



El *sparring*

Si bien era un fanático del boxeo, Mario nunca se había subido al *ring* ni para hacer sombra. Sin embargo, cada que podía, se asomaba a ver cómo el Lobo Juárez entrenaba ferrozmente todos los días a las dos de la tarde. Mario siempre estaba allí, viéndolo de lejos, admirando esa cintura de hule y esas manos ágiles y fuertes. Lo admiraba tanto que siempre llevaba una playera con la imagen del campeón en la espalda.

Cuando veía la pelea por televisión, Mario fanfarroneaba con los vecinos: que él conocía al Lobo Juárez, y que podía asegurar, sin temor, que era su amigo casi del alma, y no le quitaba el casi por la disciplina deportiva del campeón que no le permitía ni desvelarse para dedicarle tiempo a los afectos, ni para tomarse una cerveza juntos.

—Un día les traigo una foto autografiada por él —presumió.

Del trabajo salía a la una de la tarde, tiempo suficiente para llegar al entrenamiento donde él mismo sentía el fragor de una batalla a doce *rounds*. No era el único en el gimnasio, pues el campeón entrenaba a puertas abiertas, daba entrevistas a medio mundo y autógrafos al por mayor.

Mario se emocionaba de ver al ídolo de las multitudes a unos cuantos metros, primero haciendo sombra, luego golpeando la pera con fiereza durante media hora.

Nadie como el Lobo Juárez en el peso wélter; devoraba a sus contrincantes como un felino devora a su presa. Las palizas eran brutales, tanto que era difícil conseguirle cuando menos una pelea por año; nadie, por mucho que estuviera en el *ranking* mundial, le aguantaba el paso hasta los doce episodios; casi todos sucumbían al octavo, o, cuando mucho, al décimo. El campeón pegaba como si en las manos tuviera piedras y no guantes, y Mario era el primero en alabar aquellas virtudes bien asentadas en el plomo de los nudillos.

En los sueños de Mario siempre apareció un *ring*, unos guantes y mucha gente a su alrededor vitoreando su nombre. Soñaba despierto, soñaba en el trabajo; soñaba con las manos poderosas del campeón. Los sueños se prolongaban a la vida, y con las pupilas dilatadas toda la noche, se cruzaban aquellas ansias de ser, algún día, un wélter natural, un campeón.

Todas las tardes, antes de las dos, Mario estaba parado frente a la puerta principal, con la playera blanca, que en la espalda mostraba el rostro adusto del Lobo Juárez. Él sabía que viendo aprendería el método de defender y atacar, aunque nunca se hubiera subido al *ring*, ni probado unos guantes; no importaba, a sus dieciséis años las cosas podían ser posibles.

Desarraigar los sueños le parecía una cosa imposible. Era casi como arrancarse el brazo, el corazón. Nunca dejaría, mientras respirara, de habitar en sus deseos, de caminar anhelando esos relámpagos de cámaras siguiendo la pelea, cuyos protagonistas eran unas manos de piedra y unos pies

de liebre. El *ring* era tan pequeño ante aquel arte fino de defenderse y atacar, con ráfagas de seis golpes al hilo.

—Piensa chamaco, piensa si quieres o no —escuchó la voz carrasposa del entrenador, ¿qué quería?, algo que él no oyó por andar vagando en aquel mundo que lo habitaba. No supo cómo reaccionar, hasta que otro lo empujó.

—Ve, es una buena oportunidad.

—¿Pero qué tengo que hacer? —preguntó al sentir la lona bajo los zapatos desvencijados.

—¡Ponte esto! —ordenó el entrenador, acercándole un chaleco grueso, acojinado, una careta que le bailaba en la cabeza y unos guantes pesados. Ya había visto esa parte del entrenamiento: el campeón golpearía sin misericordia, obedeciendo órdenes del entrenador; el trabajo de Mario sería únicamente dejarse golpear y buscar subir las manos.

Mario no creía lo que estaba sucediendo. Estaba en el *ring*, junto al campeón. Vio de cerca aquellos brazos briosos, aquel estómago con inflamaciones musculosas y el hambre de triunfo en los ojos castaños del wélter; no podía creer que estuviera ayudando al ídolo; no concebía todo aquello.

—Ponte abusado, chamaco —dijo el entrenador—, porque el campeón pega fuerte.

Comenzó la refriega. Él se dedicó a obedecer, a caminar torpemente hacia atrás, a cubrirse la cara con los guantes. A pesar del chaleco y la careta, sentía las punzadas de aquellos frenéticos golpes, pero estaba decidido a aguantar, a no hacer rictus de dolor para que vieran que él tenía madera de boxeador.

—Vengo mañana a la misma hora —dijo Mario al despedirse, y el campeón hizo un esbozo de sonrisa. Todavía sentía el agujijón en los riñones, las piernas flojas y el rostro punzante. Llegó a casa y se recostó a pensar en la posibilidad de ser campeón wélter; lo repitió como se repite el rosario, y así estuvo hasta la madrugada en que pudo pegar los ojos unos minutos.

El campeón esperaba todos los días a su *sparring* más aguantador de los últimos años. Mario llegaba como si nada, se dejaba golpear sin misericordia y salía como si el torbellino hubiera pasado muy lejos, y él sólo hubiera sido un espectador.

—Empieza a soltar las manos, intenta pegarle al campeón —ordenaba el entrenador, pero el campeón se hacía de humo frente a él.

—Trata de alcanzarlo, porque si no necesitaremos a otro *sparring* —lo espantaron. Desde entonces el único objetivo era alcanzar al campeón, rozarle la careta o clavarle un gancho al hígado, pero era como pegarle a la piñata con los ojos vendados. No era asunto de puntería sino de técnica y a él jamás le había dicho el entrenador cómo sacar las manos, nunca le habían dicho debes hacerlo de este modo o de aquella forma.

Una tarde, al escuchar la voz carrasposa insistiendo que debería soltar las manos, Mario empezó a tratar de golpear al campeón, como fuera; se había fijado cómo éste resorteaba el cuerpo cuando pegaba al hígado, imitó aquel movimiento y en un golpe de suerte dio con el hígado fácilmente. El campeón sintió cómo los pies se le volvían hilachos, quiso pedir tiempo, pero el orgullo de haber recorrido los cuadriláteros más conocidos del mundo lo mantuvieron en pie. El entrenador se dio cuenta de aquel golpe y soltó una risa jocosa.

Mario pasó un año de *sparring*; todo indicaba que el campeón lo necesitaba por esa fortaleza, por esa pegada, que ya estaba desarrollando poco a poco, día con día.

En el trabajo de lava autos, Mario ya decía ser boxeador y trataba de cuidarse las manos para no lastimarse, porque, insistía, entrenaría por la tarde con el Lobo Juárez. Todo mundo se burlaba de él llamándole el Oso Juárez por su figura rechoncha, y él aguantaba, así como aguantaba los golpes sólidos del campeón.

La preparación más difícil fue el campamento en Cerro Gordo, una estancia para hacer unos meses de altura y preparar al campeón rumbo al mayor reto de su carrera: enfrentar a Marco, el Mano Pérez. El Mano Pérez era el rival más difícil en toda la carrera del wélter. El más optimista hablaba de un empate; todos los demás le daban el gane al Mano Pérez, por esos puños de oro que nadie había podido sortear; era un combate de invictos, un choque de trenes.

Mario fue invitado para ir a la preparación de aquella pelea, y no cabía dentro de él por la noticia más grande de sus últimos dieciséis años. Estuvo siguiendo de cerca aquella preparación, salió a correr todos los días con el campeón y también hizo gimnasio por la tarde, para terminar el día con su función fundamental: ser *sparring*.

Al término del campamento, aguardó la esperanza hasta el último minuto de subirse al avión rumbo a Las Vegas, pero no fue posible: lo mandaron en camión de regreso, se topó con el límite fronterizo del país. Regresó contento, fuerte, con ganas de seguir su preparación como boxeador profesional.

El día de la pelea, sacrificó sus pocos ahorros para ir a cenar al Boxing, un restaurante en el centro de la ciudad, cuyo

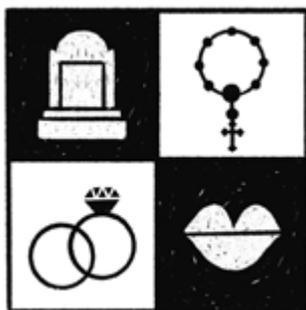
giro era tener en las pantallas gigantes las mejores peleas del año, y ésta lo era.

En la pantalla apareció el campeón wélter con el *short* dorado, una capa azul y unos botines combinados entre dorados y amarillos. El retador salió vestido de rojo, con una soberbia inaudita y la mirada centelleante. Caminaba de un lado a otro, inquieto. Gran pelea se anunciaba en el televisor.

Los primeros escauceos fueron una muestra de técnica y fortaleza de ambos. Mario sudaba escuchando a los comentaristas que pronosticaban nocaut en cualquier momento. Según la televisión, el asunto estaba para cualquier lado; era cosa de un pequeño descuido para que alguien asestara el golpe brutal. Un *round*, dos, tres, cuatro. En el quinto, al campeón se le veía cansado: abría la boca y bajaba los brazos durante algunos instantes. Casi al terminar el *round*, bajó de nueva cuenta las manos, dejando libre el rostro bañado en sudor, por donde entró aquella mano del Mano Pérez, dándole un golpe demoleedor; el campeón cayó desplomado, sin aliento, como si se tratara de un trapo.

Mario se levantó de su asiento para acercarse a la pantalla, queriendo intervenir, hacer algo a favor de su campeón. La gente se arremolinó en torno al wélter. La pantalla registró una imagen que Mario nunca olvidaría: el campeón aparecía con la mirada perdida, tumbado en una esquina.

Los periódicos, al siguiente día, reportaban como grave al Lobo Juárez, y Mario, en la esquina del lava autos, se preparaba para otra jornada de trabajo, sin ánimos de volver a calzar los guantes en el *ring*.



2 de noviembre

Fuimos criados en la raigambre evangélica, y toda nuestra seguridad familiar dependía de nuestras creencias: el Más Allá, la Salvación, la predestinación y nuestros credos; diré aún más: todas nuestras pláticas giraban siempre en torno al mismo tema, y toda la gente a nuestro alrededor lo sabía, como lo sabía también Maurilio, quien en múltiples ocasiones nos había acompañado a la mesa.

Aquel 2 de noviembre, como era costumbre en nuestra comunidad, el pueblo se vació para darle vida al panteón: mariachis, grupos nortños, kermés y un sinfín de vendimias en torno al lugar, más quieto en otras épocas. Claro, como parte de nuestras convicciones evangélicas, estaba el hecho de que los muertos, muertos estaban. Eso de que te jalaban las patas a medianoche, o el paseo del alma en pena y que los muertos regresaban a comer su platillo favorito el 2 de noviembre, era para nosotros una bazofia y lo habíamos aprendido a base de repeticiones.

Nunca fuimos al panteón. Es más: nuestros hermanos, muertos hacía muchos años atrás, tenían maleza sobre sus tumbas en lugar de arreglos florales. Así que los 2 de no-

viembre las cosas marchaban como cualquier otra fecha, hasta que apareció Maurilio entre nosotros.

—¿Nunca van al panteón? —preguntó con su cara de niño bueno.

—No vamos —dijo mi hermano Ismael— porque los muertos, muertos están.

—De lo que se pierden; hay comida rica por todos lados, los de la escuela vamos a ir más tarde.

Entonces, nos entró la espinita aquella que se clava en los criterios. Pensamos decirle a mamá que íbamos con la tía Merilda, que vivía casi en el otro cerro, y así poder escaparnos toda la tarde; Ismael no estuvo de acuerdo, y era el hermano mayor: si lo convencíamos, estábamos salvados, aunque era duro de pelar. Se puso como un papá chiquito y nos dijo que bajo nuestra responsabilidad podíamos ir, y respondimos que no había problema, aunque no supiéramos qué era exactamente eso de que cada uno asumiera su propia responsabilidad.

Mamá quería mucho a la tía, así que cuando le dijimos que íbamos con ella, no hubo ningún problema, sino todo lo contrario: nos dio dinero para el pasaje y nos recomendó tener mucho cuidado con Honorio, un loco que andaba por los caminos asustando a medio mundo.

Salimos como a las tres de la tarde, con la promesa de volver antes de que anocheciera. Íbamos Ismael, Idalia y yo; Maurilio nos esperaría en la calle que daba al panteón, y un poco más allá, para evitar sospechas, nos esperaba el montón de niños de la secundaria.

El primero que nos molestó en cuanto llegamos fue el Gato, un niño con un ojo café y otro gris; nos dijo que los muertos nos jalarían las patas por la noche, y de inmediato contestó Ismael que los muertos, muertos estaban. Mayra dijo que por no creer en los santos difuntos se nos subiría alguno para asustarnos en la noche, y otra vez la fórmula familiar salió al paso: los muertos, muertos están.

Llegamos al panteón cuando la gente se iba. Maurilio empezó a atragantarse unos dulces de coco, que yacían frente al letrero que indicaba la fecha de muerte del difunto. Otros se desperdigaron por todos lados en búsqueda de algún dulce, de alguna cosa que se le pudiera robar al fallecido; nosotros, en cambio, seguíamos parados en la entrada, absortos de la falta de miedo de nuestros compañeros, hasta que Maurilio nos recordó de nueva cuenta nuestra creencia:

—Deberían comer de todo —dijo— porque ustedes no creen que los muertos vienen por comida y por lo tanto no están robando comida a nadie. En cambio, nosotros —concluyó con la boca viscosa— le estamos robando la comida a los que han de venir más tarde.

Ismael comentó que lo dicho por Maurilio tenía concordancia con la creencia familiar, y entramos al panteón dispuestos a comer algo. Caminamos sobre las tumbas, admirados de todo lo que había encima de cada montón de tierra: bebidas, comida, cigarros y hasta ropa raída.

Idalia se detuvo a leer un epitafio que decía: “Le gustaba tanto el café, que prohibió que se tomara en su velorio”, y nos gustó mucho la perspicacia de aquella inscripción; luego, encontramos otra que nos hizo reír mucho. Decía: “Quiso vivir de placer y se ahogó de puras penas”. Ismael dijo que nunca se había imaginado epitafios tan creativos, y yo volví a releer aquella inscripción para memorizarla. Para amenizar aquellas revelaciones, Maurilio nos acercó unos tamales al

ver que por nosotros mismos no tomaríamos nada; luego nos pasó agua de tamarindo, y nosotros no quisimos beber, pero nos dijo que el agua la traía desde su casa. Nos sentamos a platicar sobre otra tumba, comiendo tamales oaxaqueños.

Estaba por meterse el sol cuando decidimos regresar a casa, tal como le habíamos prometido a mamá.

Al llegar, no dijimos nada, no platicamos de lo que habríamos conversado con la tía, ni mamá se molestó en preguntar: sencillamente nos dijo que si queríamos cenar, le dijimos que no, y cada uno tomamos rumbo a nuestro cuarto.

Eran las dos de la mañana cuando me despertó mamá sacudiéndome con fuerza; no alcancé a entender la indicación, solamente la seguí por inercia. Entré a la cocina, donde ya estaba de pie Idalia, llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté desconcertado. Reparé en que no estaban ni Ismael ni papá. Pregunté por ellos y vino la respuesta como balde de agua fría.

—Se fueron al médico: Ismael tuvo vómito y dolor de estómago toda la noche.

Índice

La cita.....	7
Todo por tomarse un café.....	13
El helicóptero.....	17
Costumbre de las ciudades.....	21
Juanito, Juanón.....	26
Sin rumbo.....	30
Consulta.....	34
El <i>sparring</i>	38
2 de noviembre.....	44

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bepalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Septiembre de 2024

XXX

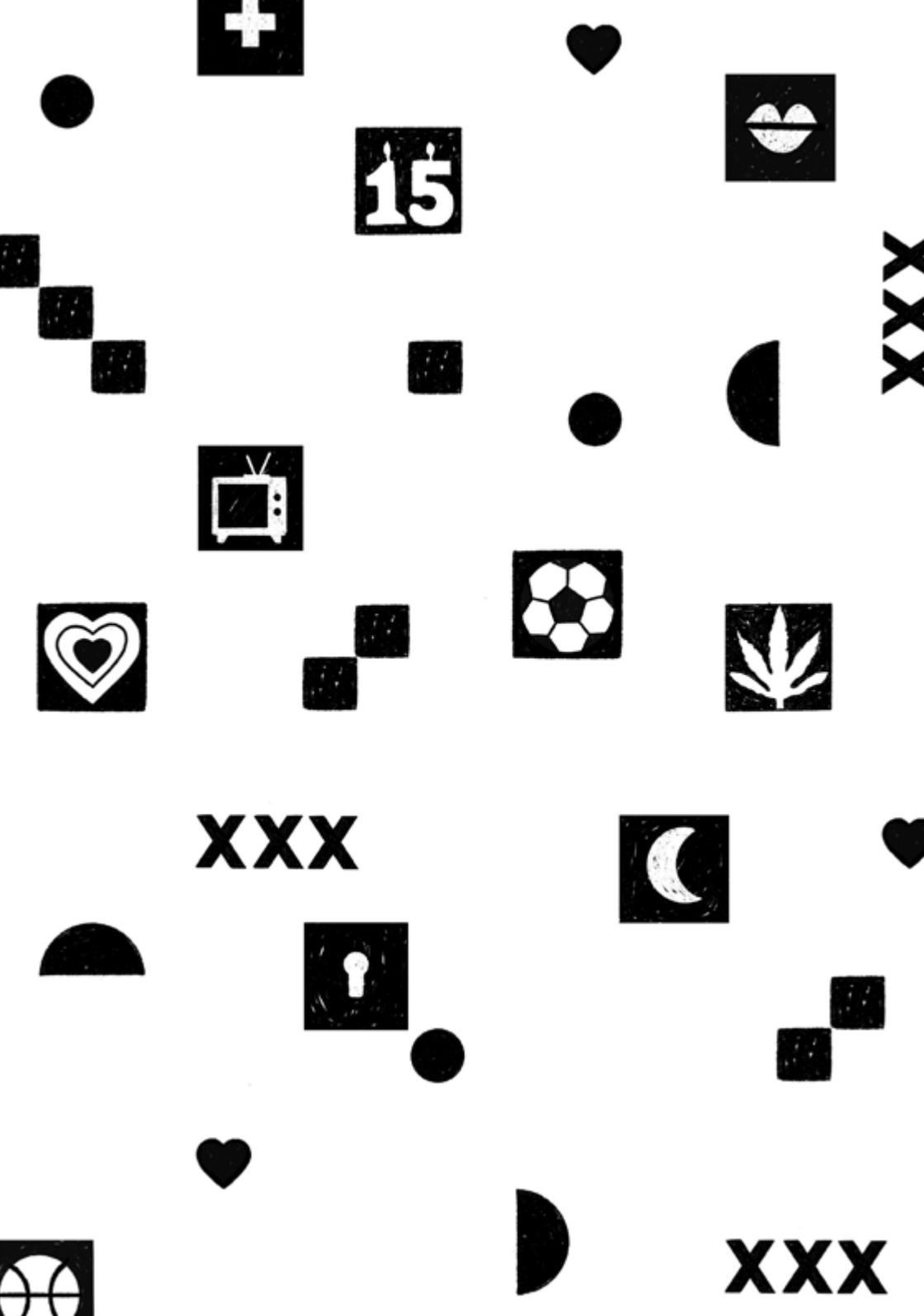


XXX



XXX







narrativa

“La cuesta arriba del campo doblegó a muchos; nos fuimos separando cada vez más. Los más grandes estaban ya corriendo muy adelante; nosotros, los menores, veníamos sacando el bofe hasta atrás; para colmo de males, Vicente padecía asma y andaba con la crisis por esos días. Habíamos pensado en dejarlo: no iba a llegar con ese rechiflado en el pecho...”

Colección Alas de Lagartija

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

alas raíces



ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA